

¡QUÉDATE EN CASA LEYENDO!

AGRUPACIÓN CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)
ATENEO DE MADRID

Uno de mayo de 2020



Oir campanas

Cuento infantil escrito por:

Ramón Pérez de Ayala

OIR CAMPANAS (1)

Hay en castellano, como en todas las demás lenguas, una porción de expresiones, desconcertantes, las cuales, por el uso frecuente que de ellas hacemos, no nos sorprenden; antes bien, consideramos que cumplen fielmente en el menester de declarar nuestro pensamiento. Por ejemplo: *un pillo de sietesuelas*. ¿Qué es esto de las siete suelas de un pillo? ¿Por qué han de ser siete y no seis ni ocho? ¿De dónde viene, qué origen ha tenido esta curiosa expresión? A ninguna de estas problemáticas preguntas acertamos a responder. Sin embargo, cuando llega la ocasión adecuada y hablamos de un *pillo de sietesuelas*, nadie imagina que nos referimos literalmente al espesor de su calzado, sino que todo el mundo entiende lo que hemos querido significar; esto es, un pillo redomado y fuera de lo común.

En el corral de una casa vi un jaulón con unas tórtolas; un jaulón, en verdad, extraño. A lo cual, habiendo el dueño advertido mi extrañeza, dijo: "Este jaulón que aquí ve fué un tiempo la armadura de un miriñaque. Sirvió hace cuarenta años para ahuecar el faldamento de mi abuela y ahora sirve para albergar tórtolas".

Lo mismo ocurre con las expresiones desconcertantes y frases proverbiales. Nos prestan servicio; pero casi siempre olvidamos e ignoramos el servicio que en lo antiguo hubieron de prestar y la razón de su nacimiento.

Oir campanas y no saber dónde es una de las más repetidas frases proverbiales. ¿Cuál es la historia de esta frase, más vieja, sin duda, que los miriñaques?

Yo he dado por casualidad, con esa historia, leyendo un libro lindo, titulado *Hitopadesa*, o libro del Buen Consejo; uno de los libros más venerables de la humanidad.

He aquí la historia:

Hay una ciudad, llamada Brahmapura, en las montañas Sriparvata. Guardábase en una de las pagodas de la ciudad una milagrosa campana de plata.

Una mañana, la campana faltó de la pagoda. Los moradores de la ciudad se desolaron, por haber desaparecido la campana y porque sospechaban que habrían de sobrevenirles desdichas y fieros males.

En la tarde del mismo día, comenzó a oirse la voz familiar de la campana, sobre la cima de un monte vecino de la ciudad, en donde había un espeso bosque. Los ciudadanos más animosos salieron hacía aquella parte a fin de recuperar la campana. Recorrieron el bosque durante varias horas; vieron muchos monos, que en la India abundan sobremanera; pero no hallaron la campana. Y así hubieron de volver desalentados a la ciudad.

Los días siguientes, la campana continuaba sonando tan pronto de un lado, tan pronto de otro; y los animosos ciudadanos salían, día tras día, tan pronto de un lado, tan pronto de otro, sin temor a los tigres, que también abundan en la India, aunque no tanto como los monos. Pero la campana no aparecía. Todos la oían sonar y no sabían dónde.

Entonces los sacerdotes y los sabios de la ciudad, reunidos en Consejo, proclamaron que el ladrón había sido Ghantakarna, nombre que quiere decir el diablo que lleva campanillas en la orejas; el cual, como se ve, era muy aficionado a este linaje de instrumentos, y por eso había robado la campana de la pagoda, y ya que la tuvo por suya se burlaba de los piadosos ciudadanos haciéndoles oír la campana sin saber dónde.

Pero había en la ciudad una mujer de mala reputación, llamada Karala, la cual, como dice el libro hindo, "tenía un poco más de sentido común que el resto de sus convecinos"; pues no es raro que las personas de conducta indigna se acrediten de entendiéndolo agudo e ingenioso. Esta mujer se industrió sagazmente hasta averiguar la verdad de lo acaecido. Ella sabía que no un demonio afiascador, sino un ladrón de verdad, un ladrón de carne y hueso acariciaba el propósito de robar la campana de plata y huir con ella a otra ciudad, en donde vendería a buen precio. Lo sabía porque el ladrón era amigo suyo. Y así, cuando la campana faltó, como aquel mismo día desapareciese el ladrón su amigo, Karala tuvo por cierto que no se había llevado la campana el diablo. Pero faltaba por descubrir lo después ocurrido; y fué que el ladrón en su huida había encontrado un tigre. El tigre, como se supone, devoró al ladrón, y dejó la campana, por ser caso de conciencia. Los monos se apoderaron de la campana y con ella jugaban todo el día, tañéndola entusiasmados aquí y acullá.

De esto Karala no dijo nada a nadie. Dirigióse hacia el príncipe de la ciudad y le habló de esta suerte; "Señor, si me otorgáis una remuneración no muy crecida pienso que podré aniquilar al demonio Ghantakarna". "Sea", respondió el príncipe y le dió el dinero que pedía.

Antes de encaminarse a las afueras de la ciudad, Karala ejecutó ante la gente ciertos ademanes incongruentes y ritos mágicos, que ella misma inventaba porque la tuviesen en predicamento de bruja, domeñadora de los espíritus malignos. Luego compró en el mercado buena provisión de frutas y golosinas, por las cuales se perezcan los monos. Salió después de la ciudad y se acercó al paraje en donde los monos tañían, jugando, la campana. Extendió por tierra las frutas y golosinas. Los monos se arrojaron desde los árboles a comerlas y dejaron caer la campana. Karala la cogió y se volvió corriendo a la ciudad. Los moradores recibieron a la mujer y a la campana con gran pompa, respeto y admiración.

Y concluye la historia con la siguiente moraleja: No te asustes jamás de nada que oigas, sin antes averiguar de dónde procede y lo que significa.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(1) Este cuento ha sido extraído del libro LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES, Volumen segundo. COLECCIONES "INFANCIA", . Madrid.

Portada de FEDERICO RIBAS



ATENEODENMADRID

Calle del Prado, 21 - 28014

www.ateneodemadrid.com

AGRUPACIÓN ESPECIAL CARMEN DE BURGOS

Link: www.ateneodemadrid.com/El-Ateneo/Organizacion-Interna/Agrupaciones/Agrupacion-Especial-Carmen-de-Burgos-Colombine

Contacto: info@colombine.es

1820
ATENEODENMADRID
2020